

fin, Richelieu abandonó la cuestión teatral, á que el heredero de la corona de Francia nunca había tenido gran simpatía, y se puso á hablar de filosofía humanitaria, empleando, á propósito de los ingleses, todo el calor que Rousseau arroja como un fluido vivificador sobre el personaje de Eduardo Bomston.

La señora de Noailles aborrecía á los ingleses tanto como á los filósofos, y como una idea nueva era para ella una fatiga, y una fatiga turbaba toda su economía animal, conociendo que había nacido para conservar y nada más, ladraba á las nuevas ideas como los perros á las máscaras.

Richelieu se llevaba un doble objeto con semejante manejo, pues atormentaba á madama Etiqueta, lo cual agradaba en gran manera á la Delfina, y encontraba aquí y allí algunos apotegmas virtuosos ó algunos axiomas de matemáticas que el Delfin, amante de las cosas exactas, recogía alegremente.

Hacia, pues, la corte á las mil maravillas buscando con la vista á alguien que esperaba ver allí y no encontraba, cuando subió á la sonora bóveda un grito dado al pie de la escalera, que repitió una voz colocada en el primer descanso, y en seguida otra en el remate de la misma escalera :

— ¡ S. M. el rey !

Al oír esta palabra mágica la señora de Noailles se levantó como si la hubiera hecho saltar sobre su grada un resorte de acero; Richelieu se incorporó lentamente como hombre acostumbrado á tales sorpresas, y el Delfin se limpió precipitadamente la boca con la servilleta, manteniéndose en pie delante de su sitio con el rostro vuelto hacia la puerta.

En cuanto á la Delfina, se dirigió hacia la escalera para encontrarse con el rey más pronto y recibirle dignamente.

## XVII

## El pelo de la reina

Cuando el rey llegó á la meseta de la escalera, aun daba el brazo á la señorita de Taverney ; pero allí la soltó y la saludó con tanta cortesía y tan detenidamente, que Richelieu pudo ver aquella salutación, admirar su gracia, y preguntarse á sí mismo cuál sería la feliz mortal á quien se dirigía.

Pero su ignorancia no duró mucho tiempo, porque cogiendo Luis XV el brazo de la Delfina que lo había visto todo y reconocido perfectamente á Andrea, le dijo :

— Hija mía, vengo sin ceremonia á pedirte de comer; he atravesado el parque, y habiendo encontrado á la señorita de Taverney, la supliqué que me acompañase.

— ¡ La señorita de Taverney ! murmuró Richelieu casi aturdido con aquel golpe imprevisto... ¡ Á fe mía que tengo demasiada suerte !

— De modo que no solamente no regañaré á esta señorita por haberse retardado, respondió la Delfina, sino que le daré gracias por habernos traído á V. M.

Andrea, tan encarnada como una de las cerezas que guarnecían el sortío en medio de las flores, se inclinó sin responder.

— ¡ Cáspita si es hermosa ! dijo para sí Richelieu. El tunante de Taverney no ha andado exagerado en los

elogios que le prodigó, pues la chica los merece muy mucho.

El rey se sentó á la mesa, después de devolver el saludo al Delfín, y como estaba dotado como su abuelo de un apetito excelente, hizo honor á la comida improvisada que el mayordomo le sirvió como por encanto.

Sin embargo, mientras comía, el rey, que estaba de espaldas á la puerta, parecía echar de menos alguna cosa, ó más bien á alguna persona.

En efecto, como la señorita de Taverney no gozaba de ningún privilegio á causa de que todavía no estaba bien fijada la posición que debía ocupar cerca de la persona de la Delfina, no se hallaba en el comedor, pues después de haber hecho una profunda reverencia en contestación á la del rey, había entrado en la cámara de la Delfina, quien la había mandado ya leer dos ó tres veces después de acostarse.

La Delfina comprendió que lo que el rey buscaba con la vista era su bella compañera de camino, y para satisfacer su deseo, dijo á un joven oficial de guardias colocado detrás del rey:

— Señor de Coigny, haced que se presente la señorita de Taverney, con el permiso de la señora de Noailles; por esta tarde prescindiremos de la etiqueta.

El señor de Coigny salió, y al cabo de un instante volvió con Andrea, la cual entró temblando, porque no sabía á qué atribuir aquella serie de favores á que no estaba acostumbrada.

— Señorita, sentaos cerca de la señora duquesa, dijo la Delfina.

Andrea subió á la grada con timidez, y era tal su turbación que tuvo la audacia de sentarse á un pie de distancia de la dama de honor, por lo que ésta le dirigió una mirada tan terrible, que la pobre joven se

retiró tres ó cuatro pasos como si la hubiesen puesto en contacto con una botella de Leyde.

Luis XV la miraba y se sonreía.

— ¡Bravo! las cosas marchan por sí solas, y veo que no tengo necesidad de mezclarme yo en ellas! dijo para sus adentros el duque de Richelieu.

En aquel momento se volvió el rey y percibió al mariscal, quien estaba muy preparado para sostener aquella mirada.

— Buenas tardes, duque, dijo Luis XV, ¿hacéis buenas migas con la duquesa de Noailles?

— Señor, respondió el mariscal, la señora duquesa sigue haciéndome el honor de tratarme como á un aturdido.

— ¿Habéis estado también vos por ventura en el camino de Chanteloup, duque?

— ¡Yo, señor! Á fe mía que no; estoy demasiado agradecido á las bondades que V. M. dispensa á los de mi familia, para haber obrado de ese modo.

El rey no esperaba aquel golpe; su intención era burlarse, y veía que le ganaban por la mano.

— ¿De qué bondades habláis, duque?

— Señor, V. M. ha conferido el mando de la caballería ligera al duque de Aiguillon.

— Verdad es, duque.

— Y para ello se necesitaba toda la energía, toda la habilidad de V. M.; casi es un golpe de Estado.

La comida tocaba á su fin, el rey aguardó un momento, y luego se levantó de la mesa, para evitar la conversación que podía serle engorrosa; pero Richelieu estaba resuelto á no soltar la presa, y al efecto, cuando el rey se puso á hablar con la señora de Noailles, con la Delfina y la señorita de Taverney, maniobró con tal destreza que se halló en la conversación y la dirigió según su deseo.

— Señor, dijo, V. M. sabe bien que el buen éxito comunica atrevimiento.

— ¿Lo decís para manifestarnos que sois atrevido, duque?

— Lo digo para pedir á V. M. una nueva gracia, después de la que se ha dignado dispensarme. Uno de mis mejores amigos, un antiguo servidor de V. M., tiene á su hijo en los gendarmes, joven lleno de mérito, pero pobre. Una augusta persona le ha dado el diploma de capitán, pero le falta la compañía.

— ¿Esa augusta persona es mi hija? preguntó el rey volviéndose á la Delfina.

— Sí, señor, dijo Richelieu, y el padre de ese joven es el barón de Taverny.

— ¿Mi padre!... exclamó involuntariamente Andrea. ¿Felipe!... ¿Es para Felipe, señor duque, para quien pedís una compañía?

Luego, avergonzada de haber faltado á la etiqueta, retrocedió un paso ruborizada y juntando las manos.

El rey se volvió para admirar el rubor y la emoción de la bella joven, y después echó á Richelieu una mirada tan benévola, que el cortesano comprendió lo muy grata que era su petición á causa de su oportunidad.

— En efecto, dijo la Delfina, ese joven es encantador, y yo había contraído el compromiso de labrar su fortuna; pero ¿qué desgraciados son los príncipes! Cuando Dios les inspira una buena voluntad, les quita la memoria ó el raciocinio... porque ¿no debía yo suponer que ese joven era pobre, que no bastaba darle las charreteras, si no le daba una compañía?

— ¿Y cómo podía saber V. A. que era pobre?

— ¡Oh! bien lo sabía, replicó vivamente la Delfina con un gesto que recordó á Andrea su casa tan desnuda y tan modesta, aunque tan grata y feliz para su

infancia. Sí, bien lo sabía... y creí que no tenía más que hacer habiendo dado un grado á Felipe de Taverny... ¿No se llama Felipe, señorita?

— Sí, señora.

El rey miró aquellas fisonomías tan nobles y tan francas; luego fijó la vista en la de Richelieu, iluminada también por un reflejo de generosidad tomada sin duda de la augusta persona que estaba cerca de él.

— ¡Ah! duque, dijo á media voz, me voy á indisponer con Luciennes.

Luego dirigiéndose á Andrea, añadió con viveza:

— Decid que eso os causará mucho placer.

— ¡Ah! señor, exclamó Andrea juntando las manos, os suplico esa gracia.

— Entonces acordada, dijo Luis XV. Duque, elegid una buena compañía para ese pobre joven, y yo daré los fondos, si no está ya enteramente pagada ó vacante.

Aquella buena acción llenó de júbilo á todos los circunstantes, y valió al rey una sonrisa célica de Andrea, y á Richelieu las gracias dadas por aquella boca, á la que, en su juventud, hubiera pedido más el ambicioso y avaro mariscal.

Fueron llegando algunas visitas, presentándose entre otros el cardenal de Rohán, quien desde la instalación de la Delfina en Francia, le hacía asiduamente la corte.

Pero durante toda la noche, sólo para Richelieu tuvo el rey palabras y miradas agradables, y hasta hizo que lo acompañase cuando se despidió de la Delfina, para regresar á su Trianón. El viejo mariscal siguió al rey rebosando alegría.

Mientras que S. M. penetraba con el duque y sus dos oficiales en las sombrías calles de árboles que iban á dar á palacio, la Delfina mandaba á Andrea retirarse diciéndole:

— Podéis retiraros, y escribid esa buena noticia á París.

Andrea, precedida de un lacayo con una linterna en la mano, atravesó la explanada de cien pasos que separaba á Trianón de las habitaciones de la servidumbre.

Delante de ella también iba brincando entre los arbustos, de ramaje en ramaje, una sombra que seguía con ojos centellantes todos los movimientos de la joven. Aquella sombra era Gilberto.

Cuando Andrea llegó á la gradería y principió á subirla, el lacayo volvió á las antecámaras de Trianón.

Entonces Gilberto, deslizándose á su vez en el vestíbulo, llegó á los patios de las caballerizas, y por una escalerita, recta como una escala, subió á su buhardilla, situada frente á las ventanas del cuarto de Andrea, en un ángulo del edificio.

Desde allí vió á Andrea llamar á una doncella de madama de Noailles, que tenía su cuarto en el mismo pasadizo, pero así que aquella doncella entró en el cuarto de Andrea, cayeron las cortinas de las ventanas, como un velo impenetrable entre los ardientes deseos de un joven y el objeto de sus ideas.

En el palacio sólo quedaba el señor de Rohán, desplegando cada vez más galantería con la señora Delfina, que le trataba con bastante frialdad.

El prelado acabó por temer que fuese indiscreto, tanto más cuanto que ya había visto al Delfín retirarse; y por lo mismo se despidió de S. A. R. con las muestras del más profundo y tierno respeto.

Al tiempo de subir á la carroza, se acercó á él una doncella de la Delfina, y casi entró en el carruaje.

— Ahí tenéis eso, le dijo.

Y le entregó un papelito plegado cuyo contacto hizo estremecer al cardenal.

— Tomad, replicó éste vivamente, poniendo en la mano de aquella doncella un bolsillo pesado, que hubiera sido un salario muy regular.

Sin pérdida de tiempo mandó el cardenal al cochero que saliese para París, y que le pidiera órdenes en la barrera.

Durante todo el camino, á oscuras en el coche, palpó y besó como un amante enajenado de gozo lo que contenía aquel papelito.

Así que llegó á la barrera, dijo:

— Á la calle de San Claudio.

Poco después atravesaba el patio misterioso, y se volvía á hallar en la salita en que se mantenía Fritz, introductor de silenciosos modales.

Bálsamo se hizo esperar un cuarto de hora, hasta que al fin apareció, disculpándose con lo avanzado de la hora, pues creía que ya nadie iría á visitarle.

Efectivamente, eran cerca de las once de la noche.

— Es verdad, señor conde, dijo el cardenal, y os pido perdón por esta molestia; pero acordaos de que un día me dijisteis que para estar seguro de ciertos secretos...

— Necesitaba el pelo de la persona de quien hablábamos aquel día, interrumpió Bálsamo, que ya había visto el papel en manos del sencillo prelado.

— Justamente, señor conde.

— Y vos me traéis ese pelo, monseñor, ¿no es así?

— Aquí lo tenéis: ¿creéis que sea posible volver á recogerlo después que se haya hecho el experimento?

— Á no ser que sea necesario aplicar el fuego... en cuyo caso...

— Sin duda, sin duda, dijo el cardenal, pero entonces me proporcionaré otro. ¿Puedo saber lo que deseo?

— ¿Hoy?

— Ya sabéis que estoy impaciente.

Bálsamo tomó el pelo, y subió precipitadamente al aposento de Lorenza.

— Voy á saber, iba diciendo por el camino, el secreto de esa monarquía; al fin voy á penetrar los ocultos designios de Dios.

Y desde la parte opuesta de la pared, antes de abrir siquiera la puerta misteriosa, adormeció á Lorenza, la cual lo recibió con un tierno abrazo.

Bálsamo se desprendió con sentimiento de sus brazos, pues hubiera sido difícil decir qué causaba más pena al pobre conde, si las reconvenciones de la hermosa italiana cuando estaba despierta, ó sus caricias cuando dormía.

Al fin consiguió desatar la cadena que los dos brazos de la joven le habían echado al cuello, y poniéndole el papel en la mano, le dijo:

— Querida Lorenza, ¿puedes decirme de quién es este pelo?

Lorenza lo tomó y lo apoyó, primero contra su pecho y luego contra su frente, pues aunque tenía abiertos los ojos durante su sueño veía por el pecho y la frente.

— ¡Oh! dijo; la cabeza de que se ha quitado es muy ilustre.

— ¿Es verdad que sí?... Y dichosa, ¿eh?

— Puede serlo...

— Miralo bien, Lorenza.

— Sí, puede serlo, porque aun no hay en su vida mancha alguna.

— Sin embargo, está casada...

— ¡Oh! dijo Lorenza sonriéndose con dulzura.

— ¿Qué quieres decir, mi Lorenza?

— Que está casada, querido Bálsamo, y sin embargo...

— Y sin embargo ¿qué?...

— Y sin embargo...

Lorenza volvió á sonreirse y continuó:

— Yo también estoy casada.

— Sin duda.

— Y sin embargo...

Bálsamo miró á Lorenza con profundo asombro, y vió que á pesar de que la joven estaba dormida, se extendía sobre su rostro el rubor de la castidad.

— Y sin embargo, ¿qué? repitió Bálsamo; acaba.

Lorenza volvió á enlazar sus brazos al cuello de su amante, y ocultando la cabeza en su pecho, dijo:

— Y sin embargo estoy virgen.

— Y esa mujer, esa princesa, esa reina, exclamó Bálsamo, ¿á pesar de estar casada...

— Esa mujer, esa princesa, esa reina, repitió Lorenza, está tan pura y virgen como yo; más pura, más virgen que yo aun, pues no ama como yo.

— ¡Qué fatalidad! murmuró Bálsamo. ¡Gracias, Lorenza! ya sé cuanto quería saber.

Le dió un abrazo, se guardó el pelo como un tesoro precioso en el bolsillo, y cortando á Lorenza un mechoncito de su negra cabellera lo quemó en las bujías, y recogió las cenizas en el papel donde había estado envuelto el pelo de la Delfina.

Entonces bajó de nuevo, y sin dejar de andar despertó á la joven.

El prelado estaba esperando lleno de impaciencia y dudas.

— ¿Qué hay, señor conde? dijo.

— ¿Qué ha de haber, monseñor?

— ¿Qué dice el oráculo?

— Que podéis tener esperanzas.

— ¿Ha dicho eso? exclamó el príncipe enajenado de gozo.

— Deducid á lo menos lo que á bien tengáis, mon-

señor; lo cierto es que el oráculo dice que esa mujer no ama á su marido.

— ¡ Oh ! dijo el señor de Rohán en un transporte de alegría.

— En cuanto al pelo, dijo Bálamo, he tenido que quemarlo para conseguir la revelación por esencia : aquí tenéis las cenizas que os devuelvo escrupulosamente después de haberlas recogido, como si cada partícula valiese un millón.

— ¡ Gracias, caballero, gracias ! nunca podré pagaros lo que os debo.

— No hablemos de eso, monseñor : lo único que os encargo es que no vayáis á tragaros las cenizas en vino, como hacen algunas veces los enamorados, porque eso es de una simpatía tan peligrosa, que vuestro amor se haría incurable, al paso que el corazón de la mujer amada enfriaría.

— ¡ Ah ! me guardaré de ello, dijo el cardenal casi espantado. Adiós, señor conde, adiós.

Veinte minutos después la carroza de S. E. se cruzaba en la esquina de la calle de Petits-Champs con el coche de Richelieu, al cual estuvo á pique de derribar en un enorme hoyo hecho para establecer los cimientos de una casa que estaban construyendo.

— ¡ Hola, príncipe ! dijo Richelieu sonriéndose.

— ¡ Hola, duque ! replicó el cardenal de Rohán llevándose un dedo á la boca.

Y corrieron en dirección contraria.

## XVIII

## El duque de Richelieu aprecia á Nicole

El señor de Richelieu se dirigía á la casa que ocupaba el señor de Taverney en la calle Coq-Herón.

Gracias al privilegio que debemos al diablo cojuelo, de penetrar fácilmente en una casa cerrada, sabemos antes que el señor de Richelieu, que el barón, sentado á su chimenea y con los pies apoyados en unos inmensos morillos bajo los cuales se consumían los restos de un tizón, sermoneaba á Nicole cogiéndole de vez en cuando la barba, á pesar de las muecas de rebelión y desdén de la joven.

Lo que no nos atrevemos á afirmar, es si Nicole hubiera admitido mejor las caricias sin el sermón ó el sermón sin las caricias.

La conversación entre el amo y la criada versaba sobre el punto importante ; esto es, sobre que en ciertas horas de la noche jamás acudía exactamente Nicole al oír la campanilla, que siempre tenía que hacer en el invernáculo, que en todas partes hacía mal su servicio excepto en aquellos sitios.

Á esto respondía Nicole, volviéndose y revolviéndose con encantadora y voluptuosa gracia :

— ¡ Tanto peor !... ¡ Yo me fastidio aquí... se me había prometido llevarme á Trianón con la señorita !

Y con motivo de esta respuesta, había creído el